

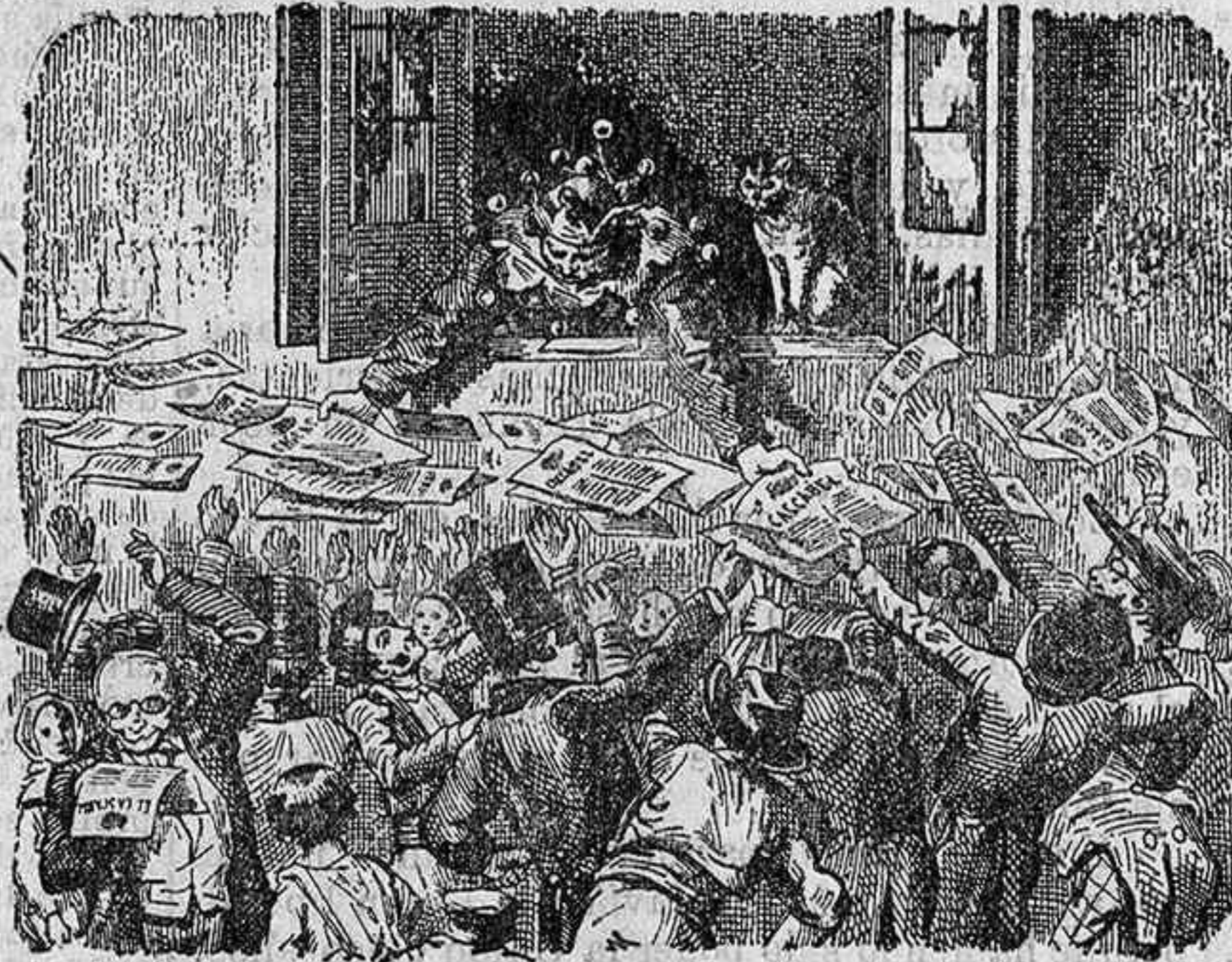
OCHO Ó NUEVE NÚMEROS AL MES.

AGREGO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, aharadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

MADRID:—Tres meses 9 reales, seis 16 y un año 30.
PROVINCIA:—Tres meses 10 reales, seis 18 y un año 34.

DIRECCION.—Caños, 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

ENTRANJERO:—Tres meses 15 reales, seis 28 y un año 54.
AMERICA:—Seis meses 38 reales y un año 70.
FILIPINAS:—Seis meses 60 y un año 110.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

REVISTA DE MADRID.

Francamente, amigo lector, yo no sé de qué escribir.

La política, de cualquier color que ella sea, me carga, me apesta, me revienta.

Y tanto me revienta y me pone de un humor de todos los demonios, que ni aun oyendo hablar al señor Hazañas, me hace gracia la política.

La situación no puede ser más bonita.

Por un lado los unos haciendo el bú, y amenazando armar una de rechupete; por otro el Gobierno, diciendo á los que hacen el bú que salgan á la calle, y que allí se verán las caras él y ellos; y por otro la gente de negocios, perdida y sin saber qué hacer, los que venden sin vender, los que trabajan sin trabajo, y todo el mundo diciendo que esto esta muy malo.

Y lo está en efecto; y no es lo más malo que esté muy malo, sino que el remedio no se ve, porque yo, salvo mejor parecer, no creo que el remedio más apropiado sea andar por ahí á tiros, y sumir en la desgracia para siempre á muchas familias y comernos unos á otros. Demasiado nos comemos y nos comemos y moralmente, y VV. perdonen la manera de decir, para comernos también materialmente.

El Gobierno que tenemos es muy modesto; este es un defecto de que adolecen todos los Gobiernos y hombres políticos de España.

El Gobierno actual se cree necesario, indispensable, y se lo cree de buena fé, como que piensa que si él se va, no vamos á poder vivir, y vamos á andar por ahí llorando la gota tan gorda, porque hemos tenido la desgracia de perderle de vista.

Y esta terquedad del Gobierno en hacernos

felices por fuerza, es la causa principal del mal-estar que sienten VV., y aquellos, y yo, y todo fiel español, que ve venir un nublado muy grande, sin saber dónde podrá guarecerse.

Yo creo que un cambio de Gobierno podría preparar el terreno para ver de conjugar luego la tormenta. Mejor sería que los hombres políticos se entendiesen y se unieran para hacer todos á una un esfuerzo y salvar al país, dándole lo que necesita, que es paz y trabajo en singular, que lo que es en plural, trabajos tiene para un rato con los hombres que gobiernan y con los que no gobiernan, porque no pueden, pero no por falta de ganas de lucirse y de cobrar.

Tales son las costumbres políticas en este país, que yo dudo quiénes son los que lo hacen peor, si los que gobiernan ó los que quieren gobernar. Creo que unos y otros son una calamidad, y me alegraría que viniera un Gobierno progresista, ó

LOS ENAMORADOS.



Ortega

moderado, ó negro, ó blanco, ó colorado, que no se pareciera á ninguno de los Gobiernos que hemos tenido de algunos años á esta parte, para hacerme ministerial gratis.

¡Fuerte cosa es que entre tanto sábio como hay aquí no haya siete que acierten el modo de sacar á puerto seguro la nave del Estado!

En fin, ¡cómo ha de ser! Dios nos dé salud, que es el único bien que nos queda, y aun ese puede que tambien nos lo quite la arrastrada política, porque como hay tanta gente alarmista, una de mala intencion y otra de buena fé, estamos hace tiempo que no nos llega la camisa al cuerpo.

Hemos pasado un mes de Mayo delicioso.

—El dia dos se arma, decia un dia porque le daba la gana un ministerial con más miedo que otra cosa; y corria la noticia por Madrid, y ya tenian VV. á todas las señoras que salian acompañadas de la criada con el canasto á hacer provisiones para un mes, como si fuéramos á sufrir un sitio como el de *Se va usted á Pol*, digo, de Sebastopol, ó como el de Galleta, digo de Gaeta; las madres empezaban á temblar por sus hijos, las esposas á echar discursos á sus maridos sobre la conveniencia de recogerse temprano y no meterse en nada; los padres y los esposos temian por sus mujeres, que á las mujeres les hace un efecto atroz eso de la *gorda*, y á muchísimos hombres les sucede lo mismo, que cada uno es tan valiente como Dios le ha hecho, y nadie está obligado á no importársele un comino que le dejen seco ó inútil para toda su vida, y todo por si ha de mandar Juan ó Pedro.

Pasaba el 2 de Mayo, y una mañana salia á comprar la criada del entresuelo, y al pasar oia decir á un caballero que estaba en la calle hablando con otros:—«El dia 10 al amanecer salimos, y salga el sol por Antequera.—El hombre se referia á una partida de caza ó de pesca, pero la criada venia, se le contaba á la señorita, esta se lo decia por la ventana del patio á la mujer del portero, esta á la viuda del cuarto tercero, la viuda á la recién casada del segundo, esta á un primo suyo estudiante de derecho, éste á la patrona, la patrona al carbonero, éste al tendero, el tendero á la doncella del marqués del Trompo, y así, de uno en otro, iba corriendo la noticia, y quedaba sentado que el dia 10 al amanecer se iban á echar á la calle 100,000 hombres ébrios de sangre.

Todo el mes ha pasado así, y por fin el Presidente del Consejo, á quien tambien se conoce que llegan esas noticias, dijo en el Congreso que á ver si se echaban á la calle los progresistas, que en la calle queria él verlos, con lo cual la gente pacífica, ya escamada por tanta noticia alarmante, ha acabado de perder el sosiego.

A todos nos verá V. E. en la calle en cuanto no podamos pagar casa, pero no para reñir con V. E., sino para tener sobre qué caernos muertos. ¡Ni que fuera V. E. algun gigante de aquellos que se comian los hombres crudos!... ¿Cómo habia V. E. de reñir con tanta gente? Ya sé yo que V. E. es valiente, y no se asusta fácilmente; pero hombre, si nadie piensa en reñir con V. E., si los progresistas y los demócratas no pueden querer que haya jarana.... Considere V. E. que son hermanos de V. E., y de todos, y cristianos viejos, que aman al prójimo. Yo creo que nadie puede querer trastornar; lo que quiere la mayoría, no la del Congreso, sino la del país, es que el Gobierno, convencido de que no sirve, se vaya á descansar de las fatigas ministeriales, como ya lo ha hecho el señor Alonso Martínez, á quien por esta accion daria yo, si pudiera, una gran cruz, ó dos, ó tres. Al fin y al cabo, si dicho señor no ha hecho nada bueno durante su vida de ministro de Hacienda, hay que confesar que su último acto como ministro, ha sido acertadísimo, y ha respondido á un deseo general. He aquí un ministro antipático, —políticamente hablando, se entiende,—que como caballero articulado, es muy simpático el señor Alonso,—que solo con haberse ido á su casa ha merecido bien de la patria. Con él debieron haberse ido—estas á un cuerno,—sus desmedidas, medidas financieras, pero esas quedan, y ahí están enredados con ellas en el Congreso.

El ex-ministro de Hacienda, dijo:—«¡Ahí queda eso!»—y se fué tan tranquilo á su casa.

Esa es la frase que pronuncian todos los ministros al dejar el mando, porque todos dejan algo, y nunca es bueno.

(c) Ministerio de Culto Los polacos dejaron las consecuencias de sus

empréstitos, cargos de piedra, Teatro Real y otras zarandajas.

Los progresistas dejaron infinidad de padres de familia más acostumbrados á hacer el ejercicio y á las bromitas del cuerpo de guardia que al trabajo, y elementos para un gran jaleo, que duró tres dias, y en el cual se vertió mucha sangre.

Los moderados han dejado tambien memoria de su 10 de Abril, y de otras fechas sangrientas, y treses, y empréstito, y la Hacienda en peor estado.

Los unionistas, por fin, dejados de la mano de Dios, estoy viendo que no dejan títere con cabeza, en cuyo caso muchos de ellos no quedarán tampoco, y que dejan al país como quedó el gallo de Moron, y todo por torpeza y por ignorancia; me parece que no se puede hablar más claro.

Y si á los demás partidos no tenemos mucho que agradecer, ménos todavía á la Union liberal, porque habiendo sido poder la Union cinco años, bastante tiempo tuvo para hacer nuestra regeneracion política; y si no la ha hecho es porque no sabe, y quien no sabe con tantos elementos favorables arreglar en cinco años la cosa pública, no ha debido querer volver á mandar, que aquí no estamos en las Batuecas, que es el país donde podria la Union liberal lucirse.

He dicho que me revienta la política, y sin embargo, no hablo de otra cosa.

Pero ¿de qué demonios más que de los hombres políticos y los Gobiernos he de hablar?

¿Hay algo más que política en este país?

Así estamos sin dinero; así no hay humor para divertirse, ni para comprar libros, ni para casars, ni siquiera para nacer, ni aun para morir, que nadie se quiere morir en esta incertidumbre de lo que á lui va á pasar.

En otra época ya se habria vendido más de una edicion de las novelitas de Alarcon, que se acaban de imprimir; el periódico *La Imprenta*, tendria muchos suscritores; las empresas de los teatros habrian ganado mucho dinero; las modistas y los sastres no tendrian manos bastantes para cortar y coser; la gente que tiene cuatro cuartos gastaria más de lo que gasta; no habria tantos braceros sin trabajo, ni tantos cuartos desahucados, ni tanto deudor que no puede pagar, ni tanta gente honrada en la miseria.

De todo esto tiene la culpa la política, es decir, la ambicion de unos cuantos hombres, á los que siempre hemos de estar sometidos, y que hacen y deshacen, y nos ponen la ley, como si este país fuese únicamente suyo.

Un remedio habria para esta situacion, pero es un remedio imposible.

El remedio seria la union, no la llamada liberal, sino la de todos los hombres eminentes en ciencias, en política y en armas que hay en España, desde Olózaga y Prim, hasta Aparisi y Guijarro y O'Donnell.

Ya ven VV. si es un remedio imposible, pero un remedio.

Sin embargo, para aplicar este remedio, no se necesitaria más que una virtud, la de dominar cada cual sus pasiones políticas, que son las más furiosas pasiones que hay.

Los políticos se reirán de esta idea, y la calificarán de tontería; pero los que no somos políticos, tenemos estas y otras extravagancias.

LOS ENAMORADOS.

COLECCION ILUSTRADA DE FIGURAS, FIGURILLAS, FIGURINES Y FIGURONES.

CAPITULO II.

Los que, no entran en la casa.—Los novios á la intemperie.

Los novios que no entran en la casa de sus novias se quejan amargamente de esta desgracia; pero no saben los pobrecitos cuántas ventajas tiene el novio que no entra en la casa de la novia sobre el que entra como Pedro por la suya, y puede ver á todas horas á su adorado tormento, y hablar con la mamá, y hacer fiestas al perro, que siempre enseña los dientes al novio de su ama, como si estuviera celoso.

Un novio que no entra en la casa, está en el pleno goce de todos sus derechos de hombre libre, feliz é independiente; pero un novio que entra en la casa, ya es hombre perdido, ya no tiene voluntad, ya no puede tan fácilmente como el otro llamarse andana cuando le parezca conveniente, ya no puede librarse de las alusiones é indirectas de la mamá, de las reticencias de las amigas y los primos de la niña, y de otros muchos inconvenientes que tiene la demasiada confianza entre un novio y la novia y sus allegados.

Un jóven tierno, ó duro, que no vé á su novia mas que al través del ventanillo, ó desde la calle, cuando aquella se pone detrás de las vidrieras á hacerle gestos, como, pongo por caso, mirar al cielo, ponerse la mano sobre el corazon, es decir, sobre el pecho, y enseñarle alguna cartita, que luego se la enviará con la criada ó con el asistente, si no se la tira por el balcon cuando anochezca, ese jóven es un hombre feliz, completamente feliz con su amor, porque puede forjarse en su ardiente fantasia,—la fantasia de los enamorados siempre es ardiente; este es un privilegio suyo y de los poetas bucólicos, que allá se van en lo que tienen de bobalicones,—puede forjarse cuantas ilusiones quiere, y figurarse en su novia todas las virtudes y todas las perfecciones imaginables, cosa que no le sucederá cuando entre en la casa, y empiece á ver que el pelo de la niña, que tan bonito parece bien peinado y arreglado, cuando está sin peinar es áspero y grueso; que el genio que tiene no es tan suave y dulce como podria creerse, á juzgar por la manera de escribir de la enamorada doncella; que aquel cuerpo flexible, esbelto, airoso en la calle, no tiene en casa nada de airoso, de esbelto ni de flexible, y otros muchos detalles que seria prolijo señalar.

Eso de entrar en la casa, y amar delante de la mamá, que se duerme y ronca á lo mejor, y se despierta sobresaltada, mirando con recelo al futuro yerno; eso de sufrir el detenido exámen que hacen de él las visitas que van á casa de la novia; eso de tener que oír cien mil veces la historia de los ascendientes de la niña, que le hace la mamá; eso de ver cómo la niña como prosaicamente y se le abre la boca, y se cose el mirriñaque, y da besos á la perra, y en fin, eso de ser tratado como de casa, con toda confianza, es un mal para el amor.

¡Qué diálogos tan bonitos se oyen en la escalera de la casa donde vive una doncella enamorada de un doncel que no puede todavía pasar del ventanillo!

—¡Manuela mía!...

Los enamorados en seguida llaman suya á cualquiera hija de familia.

—Me voy, que puede venir mamá por el pasillo.

—No te vayas. Me estaria asi toda la vida.

¡Bonita hipérbole! Seria divertido vivir con las narices metidas por un ventanillo.

—No me puedes dar la mano.... Dame un dedito si quiera... ¿Cuándo podré penetrar en tu casa?...

—Busca quien te presente. ¿Conoces á don Juan Rubito?

—Sí; un prestamista... ¡Caramba! y le debo veinticinco duros...

—Ese es muy amigo de papá, y sus hijas vienen á casa los domingos... Sube gente; bájate.

Y en efecto, sube gente, y el novio baja muy desentendido, y en cuanto la persona ó personas que suben han pasado de la habitación de su amor, vuelve á subir.

—Adios, que me llama papá...

—¿Sales hoy?...

—Sí, vamos á tiendas mamá y yo, á comprar una faja de franeta para papá, y á encargarme yo una rotonda...

—¿A qué hora?

—A las tres.

—¿Que pienses mucho en mí!

—Más pienso yo en ti que tú en mí.

—Eso sí que no es posible... ¡Ah! ¿cuándo me das lo que me has prometido?

—¿El pelo?... ¿Y si lo nota mamá?... Ella es quien me peina... ¿Y tu retrato?...

—Me lo ha hecho ya Juliá, pero aun no me ha dado ejemplares...

—Quiero que le pongas unos versos... Allá voy, mamá... Estoy buscando al gato... ¡Minino!... ¡Adios! que viene mamá... ¡Ya voy! ¡Jesus! no me he perdido... ¡Minino!... ¡Minino!...

Y baja el minino, digo, el galan, y la criada del piso tercero, que está hablando con el portero, le dice á éste:

—¡Pero ha visto V. cuántas chinches hay en esta casa, señor José!

Y las señoritas del cuarto bajo, que son seis solteronas, la menor de treinta años, salen á la ventana, y se las oye decir:

—¡Jesus! ¡qué paciencia de hombre!

—El mejor dia le encuentra el padre, y saca el sable...

—Y se va quedando como una flauta.

—¿Tiene gusto la niña!...

—Sofia, mira qué mono va por ahí.

—Pues señor, en esta casa siempre hay guardia.

Salen á las tres la mamá y la niña, y allí está esperándolas el mancebo, que se coloca á cierta distancia, y va contemplando la espalda, el talle y el aire de su novia, y haciéndose la boca agua solo con pensar que una muchacha de aquella planta no piensa más que en él, y toca la felicidad suprema cuando la niña vuelve la cabeza y le alienta con una mirada muy tierna.

Cuando pasan por un sitio donde hay mucha gente, el galan se acerca, y aun dice por lo bajo algun requiebro á la señora de sus pensamientos, al mismo tiempo que un aguador le planta en el pié media arroba de gallego, y le hace ver las estrellas y hasta la osa mayor.

Entran la mamá y la niña en una tienda de modas, y el galan se acerca á mirar el escaparate, y cualquiera que allí le vea, creará sin duda que trata de comprar alguna papalina, ó una cintura regente, ó unas *bridas*,—que no dejarían de convenirle con el bocado correspondiente,—pero no creará eso si ve á la niña que, mientras la mamá está hablando con la modista, sale tambien á ver el escaparate, y á decir por lo bajo al doncel:

—Está noche á las once te echaré la cuerda.

Y no querrá decir esto de la cuerda que lo va á ahorcar, porque el novio pone una cara muy alegre, y dirige á la niña una mirada de gratitud, á la que seguiria algun «Te adoro,» si no llamara la mamá á la hija, diciéndola:

—¿Con quién hablabas?

—¡Yo!... Con nadie, mamá... Es que me estaba pidiendo limosna un cesante con seis hijos.

—¡Jesús! ¡Cuántos hijos tienen siempre los cesantes! Y el galan se eclipsa un momento, corriendo a la tienda de ultramarinos que hay al lado, y poniéndose debajo de un gran trozo de bacalao colgado a la puerta.

Salen la niña y la mamá, y sigue el paseo. Este mismo caballero que va tan ufano detrás de la dama de sus pensamientos, si llega a casarse con ella, irá echando las muelas y refunfuñando entre dientes cuando aquella vaya a tiendas.

Y luego, por la noche, a las once, aunque nieve y se le hielen los pies entre la nieve, irá a esperar que la niña le eche la cuerda, en la cual atará él una cartita muy interesante, como por ejemplo:

«Amor mio, vida mia, alma mia, cada vez te adoro más, pero soy muy desgraciado; quisiera verte a todas horas, estar siempre a tu lado, pensar, hablar, comer, soñar contigo. Ahora me voy a casa a pensar en ti toda la noche, porque no podré dormir.—Es preciso que nos veamos con más frecuencia, porque yo me muero sin verte.—Mañana pasaré por tu casa a las ocho; si vas a salir, pon en el balcon un pañuelo blanco; si no sales, a las dos, que aun está tu papá en la oficina, iré a hablarla por el ventanillo. Adios, vida mia, amor mio. Tuyo hasta la muerte, tuyo, tuyo, tuyo, tuyo, tuyo, tuyo, tuyo.—Adolfo.»

En cambio de esta, recibe el galan otra carta por este estilo:

«Mamalo Sa Veto Do. Se loa han contado las beznas de ¡Ah! bajo. Mana nano zaldre, porge papa no quiere queso lasalgamos mama y llo... y Papa dhice que te va a Romper un palo en las gostiyas. Ya pue desfigurate como estar E. llo. Adios. Adios. Tulla y Tul Yal... Tu ya! tulla, tulla, thulla, siempre ia. que t. m. b.—A D la.»

Entre los novios a la intemperie más dignos de estudio, deben contarse los aficionados a las modistas, que por la noche esperan la salida de estas del taller, y las acompañan luego a casa, y las convidan, si tienen con qué, cosa que no les sucede siempre, porque generalmente son estos enamorados estudiantes con pocos medios, o empleados de poco sueldo, tales como meritorios o escribientes. Estos apreciables jóvenes se dedican al ramo de costureras que trabajan en casa abierta, cuyo ramo comprende modistas, sastras, sombreroeras, ribeteadoras, etc., etc. Buenos frios pasan los pobres en invierno, y bien les cae la lluvia encima; pero a su edad, por una muchacha guapa, se sufre todo, y nada hace daño. En cambio, una noche de baile en Capellanes les compensa todos los malos ratos, si para los jóvenes sin cuidados, y sin dinero, y con salud, puede haber malos ratos. Los malos ratos son para los que han pasado ya de esa dichosa edad, aunque tengan dinero y no se expongan al frío ni a la lluvia, y puedan gozar todas las comodidades posibles. Esta es una gran verdad; los mayores bienes en el mundo son la juventud y la alegría; cuando aquella empieza a marcharse, esta empieza a desaparecer, y ya está un hombre echado a perder aunque tenga, por otra parte, muchos bienes, que por grandes que sean, cambiaría de buena gana por aquellos.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

NOVENA PAREJA.

(Continuación.)

Don José llamó a la puerta de la guardilla, y salió a abrirla—la puerta, por supuesto,—una muchacha

que era un sol, tanto, que el bueno de don José quedó ofuscado ante aquella insólita belleza, que tenía muchísima gracia, y que le dijo con voz divina:

—¿Qué se le ofrece a V., caballero?

—Que es V. un ángel, dijo don José sin poderse contener.

—¡Jesús! exclamó la chica.

—María y José; lo que oye V., no he visto en mi vida una mujer así, ni creía yo que estuviera tan perfeccionada la especie.

—¿Ha venido V. a burlarse de mí? preguntó seria la jóven.

—No, señora, Dios me libre; he venido a otra cosa, y por cierto que si hubiera sabido que esta guardilla era una concha donde se encierra una perla como V., habría empezado por aquí en lugar de empezar por el cuarto bajo.

—¿Viene V. del cuarto bajo?

—Y del principal, y del segundo, y del tercero. No es digna de V. la vecindad, V. honra la casa.

—¿Vamos! ¿viene V. a hacer el padron?

—No, señora, no; vengo a otra cosa más odiosa.

—¿A sacarme multa porque he puesto en el tejado a secar la ropa y gotea a la calle?

—No, señora, ¿qué me importa a mí eso? Aunque esté goteando todo el año, me tiene sin cuidado.

—¿Viene V. entonces a hacerse guantes?

—V. hace guantes?

—Sí, señor.

—Entonces si, vengo a hacerme guantes; me va V. a hacer seis docenas, voy a gastar un dineral en guantes.

Y don José se asombraba de ser tan atrevido; pero le animaba el fuego de amor que le comunicaban los ojos de aquella lindísima muchacha.

—¡Vaya! le dijo esta, V. tiene mucha gana de conversación, y yo no tengo tiempo ni gana.

Tiempo no tendría la chica, pero lo que es gana de conversación, la tenía, y grande.

—No se vaya V., por Dios.

—Diga V. qué es lo que quiere. ¿A quién busca?

—Busco a V., a doña Mercedes Perez Gomez.

—Yo soy efectivamente.

—Pues yo soy el casero.

—Acabara V... Pase V., pase V., que aquí le tengo a V. el dinero desde hace seis u ocho días, envuelto en un papel.

—Gracias a Dios, dijo don José, que encuentro una inquilina que paga.

—¿Vaya una cosa! el que debe no tiene más remedio que pagar.

—No, señora, eso sería antes; pero ahora sucede lo contrario.

Y entró don José en la sala de la guardilla, que, siendo una guardilla, estaba mucho más limpia que las habitaciones que acababa de visitar. Media docena de sillas viejas, que parecían nuevas, una mesita de caoba, sobre la cual había una imagen de la Virgen del Carmen y otra de San Antonio, una sillita baja, que era la que ocupaba Mercedes, dos cortinas de algodón, blancas como la nieve, y una butaca, constituían el maquillaje y adorno de la habitación de la guanterera.

Esta no estaba sola; sentada en la butaca, con la vista fija en la imagen de la Virgen del Carmen, las manos cruzadas sobre el pecho y los pies apoyados en un taburete de tapicería, obra de Mercedes, y sin duda el mueble de más valor de cuantos allí había, estaba una anciana de fisonomía simpática, dulce y tranquila.

Don José, al verla, se descubrió respetuosamente, y la saludó; pero la anciana ni desvió la vista de la imagen de la Virgen, ni contestó al saludo.

—Es mi madre, dijo Mercedes.

—A los pies de V., dijo don José haciendo una cortesia a la anciana, que no le contestó.

—¡Es ciegal dijo Mercedes.

—¡Ciegal repitió don José.

—Si señor, tengo esa desgracia.

—Horrible desgracia es en efecto.

—No tan horrible, dijo la anciana con dulce y suave acento; yo no necesito var en el mundo mas que a mi hija, y a esa la estoy viendo siempre, no dejo de verla nunca, no veo otra cosa. Si yo viera, me distraería en ver lo que hay que ver, las gentes que me son indiferentes, las joyas de las unás, la miseria de las otras... y asi no me distraigo nunca y estoy más tranquila; tengo el pensamiento en Dios y los ojos en mi hija, porque yo la veo, si que la veo, la veo coser aqui, a mi lado, la veo cuando se levanta, cuando duerme, cuando me acaricia, y hasta sin oír la hablar, la veo cuando llora en silencio por no afligirme.

—Pero mamá, si no lloro nunca.

—¡No llores!... ¡Ay! hija mia, no llorarías si supieras cuán feliz soy contigo y qué contenta estoy con la suerte que Dios me ha dado. Dios me ha quitado la vista para hacerte a ti buena y a mí también.

Profundamente impresionaron al jóven las palabras de resignación y consuelo de aquella buena madre, y sintió que sería una dicha para él tenerla también por madre.

—Este caballero, dijo la muchacha a la anciana, es el casero, —¡ay! V. perdone, caballero,—es el dueño de la casa, que viene a cobrar.

—Pues págale hija mia; ya has dicho que tenias guardado el dinero.

—Sí, señora, aquí está.

Y la niña sacó del cajón de la mesa el dinero envuelto en un papel.

—Tome V., dijo a don José, desenvolviendo el papel y presentándole cuatro napoleones, una peseta y medio duro, total 90 reales, precio de la guardilla, que era relativamente el cuarto más caro de toda la casa.

—Es qué... dijo don José, sin tomar el dinero.

—¿Que? repuso la niña, ¿nos va V. a subir el cuarto?..

—No, al contrario, se lo voy a bajar a VV.

—¡Ay! Dios se lo pague a V. ¿Nos la baja V. medio duro?..

—Mucho le agradeceremos a V. ese favor, dijo la anciana.

—Con medio duro ya tengo yo para comprar una cosa a mamá cada mes, de las muchas que le hacen falta, porque lo que producen los guantes, por más que se estiren... ¿Conque nos deja V. el cuarto en ochenta reales?..

—No, se lo dejó a VV. en nada.

—Caballero, dijo la madre, nunca hemos acostumbrado a recibir limosnas de nadie, y no podemos admitir la de V. Pagamos lo que podemos. Mejor queremos pagar 90 reales que no pagar nada. Si no los pudiéramos pagar, buscaría mi hija un cuarto de menos precio, y si de ni un precio infimo lo pudiéramos pagar, iríamos a pedir a la caridad un asilo, iríamos a San Bernardino contentas y tranquilas, pero no pediríamos a ningún particular lo que no nos avergonzaría tomar de la Beneficencia.

—Señora, V. perdone, pero yo no he querido ofender a VV.; me han sido VV. tan simpáticas, y admiro tanto la resignación de V. y la bondad de su hija, y son VV. a mis ojos tan diferentes de las personas que hasta ahora he conocido, que deseaba, no en favor de VV., sino para satisfaccion mia, contribuir de alguna manera a su tranquilidad y bienestar.

—Doy a V. gracias por sus generosos sentimientos

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

POR

DOÑA ÁNGELA GRASSI.

CAPÍTULO III.

(Continuación.)

¡Ah! ¡Cuán lejos estaba Claudio de pensar que sus sencillas palabras, pronunciadas al acaso, habían podido regenerar un alma! ¡Cuán lejos estaba de creer que había sido por tanto tiempo objeto de un respetuoso culto, por parte de aquella brillante jóven!

En cuanto a Eugenio, ostentó delante de su prometida la misma jovial franqueza que en casa de su amigo.

—Buenos días, Genoveva, dijo alargándole la mano, buenos días, Marcela! añadió dirigiéndose al aya, ¿estais haciendo vuestra interminable guarnición? ¡Oh! no puede llamarse interminable vuestro cuadro, Genoveva, porque ya veo que esta mañana habeis trabajado de una manera prodigiosa. Pero ¿qué haceis de pie, Claudio? ¡Perdonad, soy un aturdido! Buen modo de hacer presentaciones.

Eugenio se levantó de nuevo, dió el brazo a su amigo, y lo llevó hasta la jóven.

—Genoveva, dijo, este caballero es vuestro protegido.

—¡Oh, nó! ¡vuestro Salazar! balbucó Genoveva, turbándose.

—Esta fué mi idea; pero a las dos horas lo hubiera olvidado sin vuestro poderoso influjo.

—Me ha contado la historia de la flor, prosiguió Genoveva, procurando sobreponerse a su emoción, y como las flores tienen tantos puntos de contacto con las mujeres, esa historia os ha asegurado todas nuestras simpatías. Pronto vendrá mi padre, y de hoy más, vuestro principal. Es algo severo, pero bueno en el fondo, y has-

ta cierto punto complaciente. Pero no perdamos el tiempo, Eugenio. El tiempo es oro, segun dicen los ingleses, y no es justo que olvide sus máximas cuando aprendo su idioma.

Y la jóven abandonó el bastidor para sentarse junto a una mesita de ébano, sobre la cual se veían esparcidos algunos libros.

Claudio experimentaba aquella engorrosa timidez que aprisiona la mente y embaraza todas las acciones. Comparaba aquella magnífica casa con su modesta casita, aquellos espléndidos trajes con el suyo tan raído, y los colores de la vergüenza animaban su semblante.

Además, Genoveva no veía, ó fingía no ver su angustia; pero Marcela, con ese cruel instinto de las gentes que se hallan colocadas en baja esfera, fijaba en él los ojos con una tenacidad inquisitorial.

El triste jóven, ya ponía un pie sobre otro, para ocultar el rastro de tinta de sus botas, ya colocaba una mano sobre la rodilla, para que no se la viese blanquear, y gruesas gotas de sudor manaban de su frente.

Y en verdad que no tenía razón, porque a pesar de aquellos desperfectos, de él tan sólo conocidos, el conjunto de su atavío nada ofrecía de ridículo ni extraño.

Por fortuna, Genoveva pareció comprender su tortura.

—Venid a asistir a nuestra lección, dijo, estoy aprendiendo el inglés; pero no hago ningún honor a mi maestro.

La jóven había hecho la traducción de un párrafo de Walter Scot; y en verdad, que maestro y discípula se hallaban algo perplejos sobre la elección de una palabra, aun con la ayuda del Diccionario.

Claudio, encerrado en su timidez, guardó silencio por largo tiempo; pero al fin hizo en voz baja y trémula, una objeción.

—¡Ah! sabeis el inglés! exclamó la jóven.

—Veamos, traducid ese pasaje, dijo Eugenio sonriendo.

Claudio tomó el libro, balbuceó en un principio, pero luego, cobrando aliento, lo tradujo con facilidad y elegancia.

—Muy bien, dijo Eugenio sin dejar su aire jovial; hoy entráis a desempeñar dos misiones en esta casa, porque desde hoy sois el maestro de esta señora.

—¿Qué decís, Eugenio? exclamó Genoveva riendo, ¡asi cedéis vuestros derechos!

—Debo hacerlo a quien es más digno que yo de usarlos. Yo creo que con esto adquiero un título más a vuestro aprecio.

Genoveva le tendió la mano, y Eugenio la guardó largo rato entre las suyas.

Claudio rebotaba de orgullo y de alegría.

En aquel instante se abrió la puerta del gabinete, y apareció un hombre de edad proveccta, pero fuerte aun y vigoroso.

Era el señor de Mendoza.

—¡Estais ya aquí, mala cabeza? dijo con tono entre serio y risueño dirigiéndose a Eugenio.

—He venido a hacer mi presentación.

—Os ha recomendado mi futuro yerno, y quedais admitido, dijo Mendoza estrechando la mano a Claudio. Creo ver en vuestro semblante la puntualidad y la honradez, y espero que lograremos entendernos.

—Lograreis más, señor, respondió Eugenio, lograreis amarle, y para empezar, hoy le convidáis a comer y esta noche al baile.

Está convenido.

En la aurora de la vida, gustamos de la lectura de novelas, en las cuales los acontecimientos se suceden unos a otros con una rapidez increíble, y son un manantial incansante de fuertes y encontradas emociones, y nuestra exaltada imaginación nos hace esperar para el porvenir combates, zozobras y agudos sufrimientos, volcánicas pasiones que comprometan nuestro reposo, y en consecuencia de esta esperanza, nos apercibimos para la lucha. Sin embargo, esto no es verdad: la vida, en el orden general, se desliza uniforme y tranquila; un día se parece a otro día: son los singulares eslabones de una cadena larguísima que arrastra algun suceso notable; pero pasado éste, la cadena vuelve a ser tan uniforme como antes. Y no es esto decir que el espíritu no tenga sus fuertes sacudimientos, como el cuerpo sus enfermedades; pero este estado moral no es la regla, sino la excepcion. Es cierto que el ser mas despreciable tiene en su vida algunas páginas de novela; pero esta está formada por un día cada diez años, el cual decide de su suerte.

(Se continuará.)

pero ni V. tiene derecho á hacernos favores, ni nosotras lo tenemos para aceptarlos; apreciando su generosidad, y para que no crea V. que somos sobre pobres soberbias, admitiremos que nos haga V. una rebaja en el alquiler, á lo que tiene V. derecho, como dueño de su casa, y se lo agradeceremos mucho, pero nada más.

—Bien, será lo que V. quiera.
—Nos rebaja V. medio duro, y asunto concluido, dijo la chica.
—No, eso sí que nó, les rebajo á VV. cuatro duros.
—¡Jesús! ¡qué disparate! Eso equivale á darnos el cuarto de balde.
—De balde, nó; pagarán VV. 10 rs.
—Nó, señor, no admitimos otra rebaja que la de un duro.
—Vamos, lo dejaremos en 20 rs. al mes.
—Nó, señor, en 70.
—Vamos, en 25.
—Será en 60, dos rs. diarios.
—Nó, señora, 25.
—Nó, señor, en 60.
—Vamos, en 30, y si no, las despido á VV. de la casa.

(Se continuará.)

CASCABELES.

El hombre sábio, ni se deja gobernar ni quiere gobernar á los demás; quiere solo que la razon gobierne sola y siempre.

Si las mujeres fuesen naturalmente tales como ellas se ponen por medio del afeite, que perdiesen en un momento la frescura de su tez, y tuviesen el rostro tan encendido y lustroso como se lo ponen con la pintura y las engañifas de perfumeria, estarían desesperadas.

Muchos hombres emplean la primera parte de su vida en prepararse la desgracia para la segunda.

Hay hombres que están mal alojados, mal alimentados, que duermen poco, que sufren los rigores de las estaciones, que se privan de la sociedad de los demás y pasan sus días en la soledad, para los que es triste el presente y triste el pasado y triste el porvenir, y cuya vida es una continua penitencia, y que han hallado, en fin, el secreto de ir á su perdición por el camino más penoso; estos hombres son los avaros.

En la calle de Hernán Cortés, núm. 7, bajo, habita un desgraciado matrimonio de mucha edad, que tiene recogidos tres nietecitos y ningún recurso, más que los que le proporcione la caridad. Se lo avisamos á las personas piadosas.

Decía el otro día *La Correspondencia*, al dar noticias de Aranjuez:
«Los ministros de Estado, Gracia y Justicia, Gobernación y Ultramar, muy contentos segun todas las señales, estuvieron paseando, etc...»
¿Qué señales serían esas de las cuales *La Correspondencia* dedujo que los ministros estaban muy contentos?
¿Acaso iban SS. EE. dando zapatetas, bailando, jugando con naranjitas ó al volante?...
Nosotros creemos, en vista de esta y otras noticias por el estilo, que el apreciable colega es el periódico que más cruel oposición hace á los ministros.
Decir que los ministros dan señales de muy contentos cuando todo el mundo está de un humor de los demonios, es una noticia digna de un periódico satírico.

El año pasado la Union liberal ponía todo género de obstáculos al Gobierno de entonces con aplauso de progresistas y demócratas; hoy los moderados hacen lo propio y con el mismo aplauso con el Gobierno de la Union liberal, y éste y sus defensores se extrañan de esta conducta.

Esta es política pura, un juego siempre igual, que va desengañando á muchos que creían que era cosa formal lo que se llama política.
Si no costase tan caro el espectáculo, sería muy divertido.

Todos los días tras algun periódico el anuncio de una Caja universal de ahorros y operaciones mercantiles, titulada *La Probidad*. Esto no tiene nada de particular; lo particular es que se ponga como Presidente del Consejo de Vigilancia al conde de Yumury, que falleció hace tiempo, y como individuo del mismo Consejo á don Andrés Arango, que también ha fallecido hace algunos meses.

Tampoco entendemos cómo continúa algun periódico poniendo el anuncio de *Santa Eulalia, colonia española en Madrid*.

Dice *La Correspondencia*, que dice *La Epoca* que dicen varios periódicos, que en el discurso que el señor Salaverria pronunció en el Congreso, veían un discurso de oposición al actual ministerio.
A lo cual dice *El Cascabel* que dice *La Correspondencia* que ella no ve tal cosa en el tal discurso, sino que por lo contrario, vé que el Gobierno y el discurso del señor Salaverria, y este señor y el Gobierno, están en un todo conformes, acordes, compactos, contestes y unidos.

Y á todo esto dice *El Cascabel*, que él ve en dicho discurso lo que hasta ahora no ha visto nadie, es decir: Que no hay un cuarto, ni dos, ni tres... hasta el infinito.

Que la Hacienda pública está á la última pregunta. Que la última pregunta es: ¿quién me socorre?
Que á pesar de todos los discursos del señor Salaverria, estamos pobres; más aun que pobres, porque sobre no tener nada, debemos mucho.

Que si en el citado discurso hubo realmente algo de oposición, aquello ya pasó, y el Gobierno y dicho señor, y dicho señor y el Gobierno, están ya en vias de arreglo, y pelillos á la mar, que todo lo puede el amor.

Y vemos... vemos otras cosas que no decimos, y otros verán muchas más, pues como dice el amigo Campoamor:

Todo es segun el color
del cristal con que se mira.

Y también dice *La Correspondencia*:
En la procesion del Corpus de Barcelona, reinó el orden más admirable, á no ser por unos cuantos jóvenes que insultaron á otros, promoviendo tal alarma, que hubo sillas y cabezas rotas, señoras desmayadas y niños atropellados.

¡No era nada lo del ojo y lo llevaba en la mano!

Una gran economía proponemos al Gobierno. Que suprima el ministerio de Hacienda.
¿Se ríen VV? Vamos á demostrar que en España no hace falta el ministro de Hacienda.
Todo aquel que no tiene Hacienda, no necesita tener quien se la administre.
(*Concedo mayorem*. Verdad como un puño.) Es así, que España no tiene Hacienda.
(*Concedo minorem*. Verdad bien amarga.) Luego España no necesita ministro de Hacienda.
(*Concedo hanc tristissimam consequentiam unionis liberális!*)

Suma y sigue. Dice un colega:
«Nosotros no nos creemos depositarios del pensamiento del duque de la Torre; pero nos parece... etc.»
¡Conque depositarios del pensamiento!...
—Señor duque, piense V.
—No puedo, que tengo mi pensamiento depositado en...
¡Qué gracioso!

Acabamos de recibir el siguiente importantísimo DESPACHO TELEGRÁFICO de nuestro servicio particular:

Leganés 7.

El señor Alonso, acabados sus estudios, está disfrutando de los placeres de la vida del campo. Todo el santo día está paseo arriba, paseo abajo, diciendo:

¡Qué descansada vida
la del que huye del ministerial ruido
y sigue la escondida
senda de Leganés que yo he seguido,
por ser el primero de los ministros de Hacienda
que en España han sidol

Más sobre Hacienda:
Y no lo extrañen VV., porque hoy nos ha dado por ahí la vena; y como dice el dicho: Donde no hay harina todo es mohina.
Decíamos:
Que estamos debida, categórica y competentemente autorizados para participar á nuestros lectores:
Que en España no hay ministro de Hacienda posible.
Porque tendría que ser, ó santo, ó Presidente del Consejo de ministros.
Santo, para que supiera multiplicar como se multiplicaron los panes y los peces.
O Presidente del Consejo, para imponer á los demás ministros su amplia voluntad de hacer economías donde, cómo y cuantas quisiera.
Ahí está el señor Salaverria, que no nos desmentirá.

Charadita.

Primera, tercera y cuarta es manjar indispensable en casas donde hay arreglo y no hay costumbres de extranjería; la primera con la cuarta está en tus brazos constante; es figura geométrica primera y segunda, y sabe mal la segunda al Gobierno, que no quisiera largarse; la cuarta, lector, es una de las notas musicales: de primera repetida yemas muy sabrosas hacen; no es el todo amigo mio, mas le conozco bastante.

A las personas de buen humor, y á las que lo tienen endemoniado, recomendamos la lectura de la última obra de Víctor Hugo, titulada *Los Travailleurs de la mer*; pero deben leer la edicion francesa, donde hallarán un diálogo en español, escrito de una manera deliciosa por aquel eminente autor, que ha querido hacer alarde de conocer el español, y escribe tantos disparates como palabras. No es posible leer tantos agravios al sentido comun sin soltar la carcajada. Un hom-

bre tan notable no debía escribir en un idioma que no conoce, porque se expone á que todo el mundo se ria de él.

Geoglífico del número anterior.

Cayó el ministro de Hacienda,
aquel que no la entendía...
No vendrá, por mi vida mia,
un ministro que la entienda.

La sociedad abolicionista española entregará públicamente el domingo los premios á los autores de las tres mejores poesias á la abolicion de la esclavitud.

Lo popular de esta noble idea llevara gran concurrencia á esta solemnidad.

Habiéndose extraviado el día 4 del actual, por las calles de la Fé, Olivar y Atocha, unos documentos que constituyen copias de Reales despachos y partidas de casamiento y bautismo, se ruega á la persona que se los haya encontrado, se sirva entregarlos en la primera de dichas calles, núm. 1, entresuelo, donde se le agradecerá.

ANUNCIOS.

INTERESANTE Á LAS SEÑORAS.
AL ABANICO DE ORO.

Fábrica de abanicos, sombrillas y paraguas. Plaza del Angel, núm. 6, casa esquina á la calle de Espoz y Mina. En este nuevo establecimiento se ha recibido un gran surtido de abanicos de las más acreditadas fábricas de España y del extranjero, siendo sus precios de dos cuartos en adelante, y sombrillas forradas desde 24 rs.

También se hacen composturas en abanicos, sombrillas y paraguas, á precios muy económicos, y con prontitud.

Se pintan iniciales, coronas, nombres, escudos, á precios muy arreglados.

Aguas y baños de Panticosa.—Próxima á la apertura de la temporada en dicho establecimiento, se recuerda á cuantas personas vayan á aquellas aguas, la fonda que, dirigida por doña Sebastiana Perez, existe en la casa antigua de aquel punto, en donde las personas que gusten favorecerla, encontrarán el esmerado y buen trato que hace años tiene acreditado, tanto en comidas, como en asistencia de diligentes y atentos camareros. Advirtiéndose se han ejecutado grandes y costosas mejoras, para que los concurrentes queden completamente satisfechos en su estancia, siendo los precios tan equitativos como anteriormente.

Clases de repaso de segunda enseñanza.—Uza, 30 rs. mensuales. Preciados, 7, cuarto 4.º derecha. A domicilio, á precios convencionales.

Fábrica de cajas finas para dulces, á precios arreglados. Pasaje de Murga, núm. 5, tienda.

Nueva casa de cambio de billetes y monedas, á precios muy arreglados; calle de Preciados, núm. 4, tienda.

Se toman monedas de oro y plata por billetes del Banco, abonando un tanto convencional por millar.

Papeles.—Interesante á los almacenistas de papel, libreros y litógrafos.—En el acreditado establecimiento de los señores don José Gil y hermano, siguen fabricándose, con especialidad, sobres para cartas. Dichos señores ponen en conocimiento de sus numerosos comitentes, que acaban de establecer en grande escala la fabricacion de libros y cuadernos rayados, á precios sumamente económicos.

En dicho establecimiento encontrarán como siempre un numeroso surtido de papeles continuos de escribir, de las mejores fábricas de España y extranjeras, así como también un completo y variado surtido de objetos de escritorio, dibujo y litografía.

También hay un completo surtido de papeles de hilo de las mejores fábricas de Cataluña.

Único depósito en España de los polvos para hacer la Reina de las Tintas; el kilogramo vale 28 rs. Este establecimiento está dedicado exclusivamente á la venta por mayor á Madrid y las provincias de España. Para más pormenores dirigirse á dichos señores, calle de Santa Clara, 2, Madrid.



Fábrica de corsés.—Premiada por S. M. Calle de Hortaleza, núm. 1.—Hay gran surtido de todas clases, de 1 á 50 duros.—Se construyen corsés-fajas para suspender y disminuir el vientre.—Idem para corregir las relajaciones del mismo. Herniarios y ortopédicos.

En Valderrama, á tres cuartos de hora por El ferrocarril del Mediodía, se vende una de dos casas, la que más convenga ó guste al que desee adquirirla. Mandando la una, por los tres aires, con la casa principal de doña Luisa Gaviria, única que queda ya en toda la manzana, y la otra en la calle Cuesta de Piedra. Para enterarse de ellas, pueden avistarse con Vicente San Justo, que vive en el referido pueblo, calle Grande, núm. 14, y para tratar de ajuste, con el propietario, que vive en esta corte, calle Mayor, núm. 117, cuarto bajo izquierda.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de **El Cascabel**, á cargo de M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.